

## PRÓLOGO



En la presente ocasión soy heraldo de un libro, cuyo texto desconozco; pero que no vacilo en recomendar á los lectores, porque lo estimo suficientemente garantizado por las cualidades que avaloran la personalidad de su autor. Cuantos seguimos el movimiento intelectual de Galicia, ya declaramos á Salvador Golpe—juzgándole por anteriores ensayos—capaz de llevar á feliz término las empresas literarias que acometa, y cuantos hemos prestado fervorosa atención á los últimos acontecimientos de que nuestra tierra fué teatro, le

aplaudimos desde el fondo del alma, por su arrojo en la defensa y propaganda de los principios de la organización regional. Quien, dotado de entendimiento, lo emplea en narrar los sucesos en los cuales puso las manos con amor y desinterés, forzosamente ha de producir una obra digna por todos conceptos de respetuosa consideración, y, como tal, anuncio la que sigue á estas páginas, llevada á cabo por el vehemente y sincero consorcio del autor y el actor, excepcional acorde en que vibran al unísono el pensamiento y la voluntad.

La forma en que se reveló la enérgica protesta de La Coruña y los apasionamientos que suscitó en todas las comarcas de Galicia, mostraron una vez más á los observadores de espíritu recto y limpio de intereses egoístas, que el organismo regional subsiste todavía á despecho de las cábalas de las artificiales divisiones administrativas, resistiendo, con la firmeza de toda obra consolidada por los siglos, las arbitrariedades burocráticas que atropelladamente se suceden en las columnas de la *Gaceta*. La Historia, sólo con la Historia puede vencerse. En el mundo moral se muestra, aún por modo más perfecto que en el material, la ineludible necesidad de dar tiempo al tiempo para realizar transformaciones duraderas. Con su constante desasosiego prueban este aserto los pueblos violentados en su vida tradicional por imposiciones de la fuerza. Quienes ineluctablemente se solazan en la po-

sesión señorial de las prebendas políticas, fulminan rayos de cólera, mal envueltos en histriónicos alardes de patriotismo, sobre toda muestra de vitalidad de las antiguas regiones, obedeciendo con esta conducta al instinto de conservación, el cual les advierte que su poder sólo se sostiene en el medio ambiente de los mutuos intereses personales, y exaltando, á fuerza de dádivas, las camarillas de los agradecidos, para que con su mercenario entusiasmo sofoquen la justa demanda del espíritu colectivo, que, con argumentos de la Historia y de la Naturaleza, refrenda la ejecutoria de sus derechos. Por esto fueron y serán siempre calumniadas las Juntas de Defensa y perseguidas por la sociedad comanditaria de protectores y protegidos, esgrimiendo la amenaza, y la ironía, para reducir á la impotencia los arranques de patriótico entusiasmo que abochornan el proceder interesado de los mercaderes políticos que se disfrazan con la máscara de la reflexión sesuda. Pero..... ¡ay del día en que estos consumen su obra ahogando aquellos sentimientos íntimos que aún persisten distintos en la complejidad del Estado!..... Ese día, extinguidos los focos de calor de las pequeñas patrias, convertiríase la patria grande en uniforme y monótona aglomeración de individuos, yerma de iniciativas, despojada de matices, como valle agostado, y poseida de letal indiferencia. ¿Es esta la tranquilidad soñada por los que no pueden soportar las desemejanzas regionales coexistiendo en el Estado?

Con motivo de los recientes sucesos de Melilla, exclamaba un periódico de los que con más dureza combatieron á las Juntas de Defensa: “¡Consolador espectáculo! El honor de España está en tela de juicio..... Las pequeñas patrias han desaparecido ante la patria grande. Nadie piensa ahora en que es gallego ó navarro, castellano ó catalán: sólo se acuerda de que es español.” (1) Este movimiento unánime de la opinión no debía causar la menor sorpresa al articulista, por ser la repetición de lo que nuestra historia publica en todos tiempos. Precisamente, la gran patria española siempre se salvó en sus crisis, por la iniciativa de las pequeñas patrias, y lo que debe hacer el periódico, es, en vez de asombrarse de esta rápida concentración de sentimientos, sumar este nuevo ejemplo con los pasados, para convencerse de que el regionalismo no es separatista.

Este argumento puede ampliarse hasta el extremo de fundar sobre él con carácter universal esta tesis: *El periodo de esplendor de los grandes Estados, es el de su máxima integración*; es decir, aquel en que se asocian pueblos antes aislados, pero conservándose distintos; en una palabra, cuando se realiza, en mayor escala y en toda su pureza, la armonía de la variedad en la unidad suprema que todo lo abraza al mismo tiempo que todo lo respeta.

En un momento en que se preparan en la historia de España el de los reinados si

(1) *El Imparcial*, 6 de Octubre de 1896.

multáneos de D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando, en el cual se juntaron, sin confundirse, Castilla y Aragón, llevando cada una de estas coronas, aún distintos, los reinos con que se habían constituido? ¿No se ha elevado Italia á potencia de primer orden en estos días, en los cuales, según Lombroso, *é unita ma non unificata*? ¿No ha alcanzado Prusia su actual hegemonía en Europa, por la integración de los factores que reunió en torno suyo después de la batalla de Sadowa y de la campaña de 1870? Estos ejemplos podrían multiplicarse cuanto se quisiera y apurarlos con casos del mundo antiguo, como la formación y descomposición del Imperio Romano, y del moderno, como la grandeza y decadencia de España, para evidenciar que los excesos de la tendencia unificadora y la codicia de los poderes absorbentes, al someter á los que lucharon por la conservación de sus peculiares instituciones, sumieron vigorosas energías en el escéptico abatimiento producido por la impotencia, y la más espantosa ruina fué el término obligado de su obra de represión y monopolio, pues sería absurdo que, debilitando las partes, se fortificase el todo.

\*  
\* \*

Un ilustre hombre de Estado ha dicho en Septiembre último, á sus amigos políticos, que no entendía lo que era el regionalismo, y sólo por modestia habrá hecho una afirmación que no puede creerse, entre

otras razones, porque seguidamente se dignaba censurar el movimiento regionalista, y los espíritus serios sólo juzgan lo que conocen: además, yo no quiero creerla, porque sería ultrajar su reconocida ilustración. ¿Cómo una persona consagrada al estudio de las ciencias sociales, ha de ignorar lo que es el regionalismo, cuando éste no es problema exclusivo de Galicia, ni de España, sino universal? La cuestión de la autonomía de Irlanda, hoy casi resuelta, las ya iniciadas respecto á Escocia y al País de Gales, la de Bohemia siempre latente en su afán de reconstituir el antiguo reino de San Wenceslao, y las luchas que tan fácilmente surgen en los Estados Unidos de América lanzando á los del Sur contra los del Norte ¿no son manifestaciones del regionalismo siempre vivo en todas las tierras donde coexisten factores sociológicos heterogéneos?

Y no sólo en su prodigiosa ubicuidad se revela la persistencia de este problema, otórganle, además, muchos tratadistas excepcional atención, estudiándolo y discutiéndolo en libros y revistas. Quien siga, aunque no sea mas que de soslayo, el curso de la historia contemporánea, no puede tener olvidada aquella agitación que conmovió á la *poliarquía políglota*, llamada Imperio austro-húngaro, después de la derrota de Sadowa, ni las frases subversivas de Palacky, el gran historiador de los eslavos de Bohemia, lanzadas en son de reto á los que se apercebían á ser sus opresores:

“Si Austria se decide á establecer lo que es contrario á su misión, una resistencia inflexible tornará el espíritu de paz en espíritu de guerra, la esperanza en desesperación, surgirán conflictos, estallarán luchas cuya dirección, alcance y fin nadie podrá prever. Existíamos antes de Austria y existiremos después de Austria.,”

Si, desde el terreno de la polémica, nos trasladamos al doctrinal, encontraremos, entre innumerables publicaciones, el libro reciente de Luís Gumpłowicz, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Graz, intitulado: *La lucha de las razas*, y en él, la afirmación de la indispensable coexistencia de elementos étnicos heterogéneos para el desarrollo del proceso sociológico, resultando de su lucha la formación del Estado, lucha que nunca cesa, aunque se suaviza en el momento que el autor llama *singenismo*, que es aquel de la asociación solidaria de todos los miembros de una colectividad étnica por el reconocimiento legal de sus interiores diferencias.

Para que no se diga que sólo cito autoridades extranjeras que viven en países de organización federal, transcribiré un pasaje de la *Memoria sobre la educación pública*, presentada á la Sociedad Económica de Mallorca por Jovellanos—cuyo españolismo nadie pondrá en duda—en el cual aboga por lo que hoy se escarnece como el delirio de las exageraciones regionales, en los siguientes generosos términos: “Se dirá (de la lengua mallorquina) que la amamos,

y es verdad; pero no la amamos con ciego amor. El mejor modo de amarla será cultivarla. Entonces, conoceremos lo que vale y lo que puede valer: entonces, podremos ir la llevando á la dignidad de lengua literaria: entonces, ir la proporcionando á la exactitud del estilo didáctico, y á los encantos de la poesía; y, entonces, escribiendo y traduciendo en ella obras útiles y acomodadas á la comprensión general, abriremos las puertas á la ilustración á esta muchedumbre de mallorquines, cuya miserable suerte está vinculada en su ignorancia: y una ignorancia será invencible mientras no se perfeccione el principal instrumento de su instrucción., En iguales términos se expresó el P. Sarmiento respecto al cultivo de la lengua gallega.

No; un hombre de Estado no puede menos de conocer, siquiera, algo de lo mucho que en todos los tiempos y en todos los países se ha escrito en sentido regionalista, y, por consiguiente, no ignorar lo que sea el regionalismo, aunque así lo declare.

La prueba de este aserto es que, en el discurso del estadista á que venimos aludiendo, la espontaneidad de su pensamiento burlaba su modestia, al comparar el orden de sus afectos con las ondas de un lago, las cuales, en su propagación del centro á la periferia, simbolizan sucesivamente ante su espíritu el amor á la familia, á Ga-

medicos daban cuenta del éxito de esta parábola como término victorioso de una



impugnación del estrecho regionalismo gallego, consignando: *Extrepitosos aplausos*. Es muy duro, pero es forzoso confesar, que, en aquel momento, estaban muy disminuidas las exigencias lógicas del auditorio, porque el símil es excelente para patentizar lo contrario de lo que el orador se proponía. Imposibles son las ondas extremas sin el impulso de las primeras, decreciendo en intensidad á medida que ganan en amplitud, y como nunca van de la circunferencia al centro, sino al contrario, la recta exégesis de la figura retórica, es: que no puede existir el amor á la patria grande, sino le precede el de la pequeña, aventajando éste siempre á aquél en intensidad.

Resulta del análisis del caso que nos ocupa, que el concepto regionalista entraña tal virtualidad lógica, que basta que discurren acerca de él, aunque sea con el propósito de reducirlo al absurdo, para que salga vigorizado por la alegación de nuevos argumentos. Por esta virtualidad han surgido siempre tan espontáneamente las Juntas de defensa en nuestra tierra, y eleva á la categoría de meritísima tarea, la realizada en este libro, de historiar la constitución de las últimas—por ahora—para que nunca se extinga el recuerdo de tan vigoroso y edificante latido del alma regional.

\*  
\* \*

Sospecho que no faltará quién pregunte: si el regionalismo conquista por su propia

virtud los corazones y las inteligencias ¿por qué es tan rudamente combatido? Si ha de contribuir á la prosperidad regional ¿por qué lo execran muchos de los llamados á recoger sus beneficios? ¿Por qué la comisión, cuyas gestiones en este libro se refieren, sólo resistencias ha encontrado en su éxodo al través de Galicia, tibieza á lo sumo, pero nunca general entusiasmo?

No supongo: afirmo, que estas preguntas las contesta valientemente y con gran copia de datos tomados del natural mi querido amigo, en su auténtica narración; pero ha de permitirme que emita aquí un ensayo de respuesta, siquiera para que conste cómo fué contemplada su laboriosa catequesis, desde Madrid, por un observador interesado en el triunfo y exaltación de la redentora idea.

La máscara con que más generalmente encubrían sus aviesos propósitos los adversarios de la actitud de La Coruña, era la del resentimiento con esta ciudad por el afán insaciable de concentrar en su seno todos los elementos oficiales de la región, y, avivando recuerdos, excitaban á los incautos á que apartasen la vista del estado presente y la pusiesen en el pasado en que fueron víctimas de inicuas expoliaciones. Con santo celo trabajaban en esta obra cismática, ahuyentando los movimientos de simpatía nacidos del vínculo regional, que, superior á los intereses de localidad, inclinaba á la consideración común y á la cooperación. Este pacto de alianza ofensiva y

defensivas, iniciadoras de la solidaria asociación, temiendo que sobre esta base pudiera erguirse la abatida conciencia pública, y convocar á juicio á los tutores que explotan hoy su desfallecimiento.

Los más caracterizados por su significación política dentro de los partidos llamados gubernamentales, fueron los más vehementes en esta campaña de resistencia, singularizándose los que en la actualidad disfrutaban del poder, quienes, á pesar de llamarse liberales y hasta demócratas, (aunque en ocasiones lo disimulan admirablemente,) quizá porque eran los que más tenían que perder, no omitieron medios oficiales ni oficiosos para echar de su lado á los perturbadores que iban á interrumpir su tranquila digestión. ¡Cómo soportar, los que entienden que la vida pública es granjería, la presencia de los ilusos que, sólo por el bien común y sin atender al provecho personal, arrostraban todo género de diatribas sin otra aspiración que la de servir honradamente á su patria! ¡Cómo no asombrarse de una política tan estrafalaria, en la cual no hay subvenciones, ni se logran credenciales, y en cambio se hace la causa de los desvalidos, sin pedirles, siquiera, el voto para algún cacique, grande ó pequeño, de los que pagan bien á sus muñidores!.....

Decía un famoso bigardo de la sociedad maleante de la Corte: que la vida del tranochador era bien conocida, porque sólo podía pasarla jugando ó bebiendo, ó en entretenimientos deshonestos; pero que la del

madrugador era un enigma, porque nadie acertaba á calcular cuales eran esos crímenes que, para ser perpetrados, exigían la luz del alba.

Con igual extrañeza los merodeadores del campo de la política se habrán lanzado á discurrir sobre esos ignotos planes de las nuevas gentes, que, sin órdenes superiores, ni la venia especial del señor, ni concesión de atribuciones lucrativas, eran, no obstante, poderosos móviles para proseguir una enérgica propaganda, sufriendo, con ánimo tranquilo, los denuestos de las cuadrillas enemigas.—¡Qué exacciones, tan onerosas, habrían imaginado esos advenedizos rivales, cuando levantaban pendón aparte de las mesnadas del turno pacífico, saliéndose de los clásicos encasillados, obra de manos expertas y solícitas en colmar de bienes á los pueblos! ¡Qué era lo que quedaba por cobrar, cuando aún había explosiones de desusado entusiasmo!

Un personaje, que llegó al más alto puesto de la carrera política con gran reputación de perspicaz para el conocimiento y trato de las gentes, condensaba, como resultado de su larga experiencia, el manual del político perfecto en esta regla de conducta: “Comer con el Gobierno, pasear con la oposición, dormir fuera de casa, y no estudiar en parte alguna, porque el saber ocupa lugar,,; y si esta es la hechura de los de arriba, de aquellos por cuya gracia se vive, de aquellos que son enseñá de combate en las luchas por el progreso ¿qué se ha de es-

perar de sus secuaces, rígidamente sometidos á la disciplina impuesta por tales jefes, y que, faltos de toda cultura, sólo son impulsados por afanes de venganza ó por la codicia del botín?

Podrá estimarse este juicio como producto de la maledicencia ó de la amarga tristeza de un vencido de la política; pero yo me inclino á sostener su exactitud, cuando veo en todas partes á muchos espíritus superiores deplorar el triste y corruptor divorcio de la generosa especulación y de la vida práctica que hace desertar de la lucha á los fuertes y á los capaces, dejando el campo á los empíricos aventureros y temerarios. No de otro modo tenía dolorida el alma el gran Alejandro Herculano, cuando, de retorno de su breve tentativa política estampaba al frente de *El Monje del Cister* esta declaración: "circunstancias, que no es menester narrar aquí, me atascaron en el charco de la vida pública; pero la Providencia, que probablemente no me halló lo bastante corrompido para hacer de mí un hombre de Estado, dióme una hora de contrición en que poder desatascarme, escurrir el lodo de los vestidos, lavarme el rostro y volver al gremio de las gentes morales.,"

Estas palabras, aunque escritas en Portugal y en el año 1848, por desgracia, podría su autor repetir las en nuestra patria y en los actuales momentos, quizá con más razón que cuando salieron de su pluma, porque los males que no se atajan, también crecen con el transcurso del tiempo. ¿En

cuál época se consideró, como en la presente, feudo hereditario la representación de la voluntad de los pueblos, exigiéndoles la farsa de designar para la custodia de sus intereses á quien no puede conocerlos, ni sentirlos, porque siempre vivió extraño á ellos? ¿Cuál sería el estado de la enseñanza, de la magistratura, de la milicia y de todas las funciones sociales, si, para la renovación de los cargos, prevaleciese el criterio de la herencia? Pues tal absurdo tiénese hoy por cosa naturalísima en la esfera política, y hasta los pueblos, en su idolátrica degradación, sostienen la justicia de este homenaje al que consideran su protector, como si los oficios de la república no fuesen antes para servirlos por quien tenga aptitud para desempeñarlos, que para gozados por quien no nació para ellos: y, sin embargo, por la frecuencia abusiva de la representación otorgada *propter nuptias*, ya parece que en el Calvario del matrimonio es donde han de mostrarse las aptitudes suficientes para resplandecer en el Tabor de las posiciones oficiales.

Y prosigue Alejandro Herculano, diciendo: "A pesar de no haber sido culpa de la voluntad, sino del entendimiento, mi extravío político, la Justicia divina me condenó á redimir el bestial pecado que cometera, poniéndome una cruz sobre la espalda, y mandándome caminar por áspero y escabroso zarzal. Ésta cruz es la monomanía de escribir la historia de mi tierra con lealtad y conciencia.,,"

Se explica que los portugueses, tradicionalmente imbuidos en la halagadora creencia de legendarios orígenes, protestasen de la severidad crítica del historiador que relegaba á la poesía las fantásticas relaciones de los tiempos heroicos, y que, por este expurgo, las almas crédulas le acusaran de traidor á la patria; pero lo que es inexplicable, sino se supone un instinto suicida, es que los que en Galicia llevan igual cruz, sean tan maltratados como Herculano, precisamente por lo contrario: por ennoblecer los orígenes de nuestra historia regional.—Decir á ciertos gallegos que en su tierra hubo una monarquía sueva que duró casi dos siglos; que la política del antiguo reino de León fué esencialmente gallega; que en los siglos XII y XIII tenía Galicia vida, literatura y arte propios, hasta el punto que el románico se llama también gallego, es cosa que les crispa los nervios como si se profiriesen gritos subversivos precursores de la ruina de la patria. Seguramente les molesta tanta grandeza, porque ni aun toleran que de los muertos se diga que valieron más que ellos, ni que la historia sirva de pretexto para discutir la legitimidad de las preeminencias que alcanzaron, más, sin duda, por ráfagas de la antojadiza fortuna, que por mérito propio.

Urge, querido amigo, que aquellos no contaminados de este linaje de miserias, salgan de la vida contemplativa en la cual ya están agotadas las lamentaciones, y que, armados de todas armas, se aperciban al

combate recorriendo ciudades y aldeas para liberar á nuestra tierra de todo género de tiranos y encantadores, arremetiendo con igual coraje á los forzudos gigantes y á los enanos malignos. Ojalá que Salvador Golpe, con el edificante ejemplo de su misión catequista, dé un golpe salvador á todas las corruptelas de la actual política de Galicia, despertando con su libro fervorosos entusiasmos en las gentes de buena voluntad. Cuantos conocemos al autor, mucho esperamos de él, en la vida que ahora comienza, en la cual seguramente ha de obtener muy brillantes y muy sanos triunfos; y para mí nada más halagüeño que asociar mi nombre, en esta ocasión, al del querido contemporáneo en aquella inolvidable vida escolar compostelana. ¡Cuán deleitoso es, después de ya largos años de apartamiento, encontrarse los antiguos camaradas sintiendo y pensando de idéntico modo!

*José R. Carracido.*

MADRID 14 DE OCTUBRE DE 1893.

